

# CHATARRERA

## ORO LE D

### ANAMARÍA BEDOYA BUILES

Periodista egresada de la Universidad de Antioquia  
Trabaja en el Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad

Soy,  
soy lo que dejaron,  
soy toda la sobra de lo que se robaron.  
Un pueblo escondido en la cima,  
mi piel es de cuero por eso aguanta cualquier clima.  
Soy una fábrica de humo,  
mano de obra campesina para tu consumo,  
frente de frío en el medio del verano,  
el amor en los tiempos del cólera, mi hermano.  
Soy el sol que nace y el día que muere,  
con los mejores atardeceres.  
Soy el desarrollo en carne viva,  
un discurso político sin saliva.  
Las caras más bonitas que he conocido,  
soy la fotografía de un desaparecido.  
La sangre dentro de tus venas,  
soy un pedazo de tierra que vale la pena.  
Una canasta con frijoles,  
soy Maradona contra Inglaterra anotándote dos goles.  
Soy lo que sostiene mi bandera,  
la espina dorsal del planeta es mi cordillera.  
Soy lo que me enseñó mi padre,  
el que no quiere a su patria no quiere a su madre.  
Soy América Latina,  
un pueblo sin pierna pero que camina.  
“Latinoamérica”, Calle 13.



Tiene los labios trigueños maquillados de brillo y escarcha, los ojos negros y rasgados bajo la sombra de una gorra que los oculta del sol. Es pequeña y delgada. Lleva el cabello corto y recogido en cola. Se llama Rosalba y está sentada en la tierra amarillenta, con sus piernas estiradas y abiertas. Entre ellas hay una placa de hierro, sobre la placa hay una piedra pequeña que ella golpea rítmicamente con una almadana que agarra en su mano izquierda, mientras con la derecha sostiene la piedra que de a poco se hace pedazos. Tiene las manos gruesas, las uñas cortas. Chatarrea en La Antioqueña.

El cielo es un manto blanco agitado por el aire húmedo. La mina está casi desolada, sólo Rosalba, Liney y Darío están allí. El trabajo se ha detenido por el paro. Darío, socio de la mina, cuida los equipos y los costales llenos de mineral. Permanece sentado en el control de la elevadora, mientras mira el cañón que atraviesa La Cianurada y a los gallinazos que vuelan buscando algún perro muerto.

Desde que existe la minería en Segovia todos buscan la manera de ganar con el oro. Mirar hacia la punta donde se eleva la más alta jerarquía es perder la retina en el sol. Pero a los que están abajo se les distingue fácil: llevan las ropas sucias, los rostros sudorosos, las manos callosas. Chatarrear es el verbo que le acomodaron hace muchos años a lo que hacían quienes se acercaban a la mina a esperar que los mineros botaran esas piedras pequeñas que se desprenden de las grandes, esas que ellos no procesan por ser poco y escaso el oro que puedan tener. En su mayoría mujeres, empezaron a “reciclarlo” y a hacer de esto el sustento de sus vidas.

Frente a las bocaminas de La Antioqueña se extienden cinco hileras de costales que, como diques, separan los puestos de todas las mujeres que chatarrear. Ellas esperan pacientes la salida del catanguero, que sale del hueco con un costal al hombro repleto de piedras. Una de ellas se encarga de decirle en cuál puesto descargar, para que sea justo y a todas les toque lo mismo. Pero hoy no hay nada de eso.

Rosalba tiene arrumados, junto a la raíz de un guayabo, varios costales. Le dice a Liney que le traiga uno. Liney se encorva para alzar el costal, pero como no puede con su peso lo arrastra por la tierra húmeda. Para, apoya sus manos en la cintura, respira, vuelve a agacharse, y mientras arrastra el costal aprieta sus labios gruesos. Sus manos son delgadas y en sus uñas, algunas largas, otras quebradas, quedan algunos parches de esmalte. Llegó hace dos meses a Segovia de Monte Líbano, Córdoba. Dejó atrás su tierra porque su marido ya no conseguía trabajo y la plata no alcanzaba para sostener a tres hijos. Su papá, que vive en Segovia con la mayoría de sus hermanos, les dijo que se vinieran, que tal vez les iría mejor.



Liney arrastra el costal hasta donde está sentada Rosalba y lo vacía en la tierra, Rosalba coge una pala y la clava en las piedras, luego las echa en una zaranda que sostiene Liney. La zaranda es un plato plástico con muchos huequillos en el fondo. Liney la sumerge en un balde grande repleto de agua para lavar las piedras. En el agua, estancada hace varios días, se ven numerosas larvas que pronto serán zancudos. La tarea dura, la que aún le cuesta entender a Liney, es saber cuáles de esas piedras son las que sirven para machacar.

—¿Ésta sirve? —le pregunta Liney a Rosalba mientras le enseña una piedra gris con pecas negras.

—No, son las bonitas las que tienen mineral. Tienen que tener jaguas y pepitas cafés, como ésta —le responde Rosalba señalando una piedra pequeña, blanca, con punticos dorados y pecas cafés.

—Eso es lo que me da duro saber.

—Pero ahí va aprendiendo, conmigo sí aprende porque aprende.

Liney mira las piedras, las examina y se las va pasando a Rosalba que, sentada en el piso, empieza a machacar. Cada que golpea la almadana brotan chispas anaranjadas, rígidas, fugaces. Las chispas brillan en los ojos de Liney, ojos negros, redondos, quietos, embrujados por la centella, y sin dejar de mirar dice: “Va a llover, Rosalba”. Gotas menudas empiezan a oscurecer la tierra. Ellas siguen ahí con la tarea mecánica de expurgar las piedras. Machacarlas hasta que sean casi polvo, machacarlas hasta tener con qué llenar varios cocos en un entable, machacarlas hasta tener con qué hacerse a algo de dinero. Las gotas se vuelven gordas y de la tierra húmeda se levanta un vapor tibio. Las dos caminan hacia Darío y juntos se resguardan de la lluvia. Rosalba prende un cigarrillo y le da una aspirada larga.

—¿Se va a quedar por acá? —le pregunta Darío a Liney.

—Creo que sí.

—Ella sabe que el pueblito aquí es muy conflictivo, es un despelote pero es bueno —dice Darío.

—Vea, me tocó pleno paro —responde Liney.

—No mija —habla Rosalba—, a usted no le ha tocado nada, el que nos tocó a nosotros... ¡Ay no! Yo le pido al Señor que no vaya a haber un paro como el que nos tocó a nosotros. Hace tiempo hubo dos paros bien *templaos*, oiga. Venía gente que a trabajar en la quebrada y les decían: ¡Oigan, estamos en



paro, me hacen el favor y se van para el paro! Y devolvían la gente. A un señor lo *aporriaron*. Él decía: “y me voy si me da la gana, es que usted a mí no me da la comida”. Y lo *aporriaron* por rebelde. ¿Vieron el helicóptero que tiró los papeles?

—Por Montelíbano también pasó un helicóptero, alguien hablaba por una bocina. Que por favor se entregaran a prestar servicio.

—Pero ahora como están en esto —agrega Darío.

—Revuelven una cosa con otra —dice Liney.

—Vea, cuando hubo la masacre aquí en Segovia —cuenta Rosalba apretando el cigarrillo en sus labios—, mi hijo me dijo que fue un *pelaíto* el que dijo: “aquí va a haber una masacre”. Me parece que el *pelaíto* se murió, y a la madrugada del otro día amaneció la masacre. Claro que nosotros no estábamos acá, estábamos en la montaña. A la mañana prendí el radio. Que hubo una masacre en Segovia. ¡Cómo! Ellos dizque iban por casas, lo sacaban a uno y lo mataban. Que eso era ese reguero de gente pa’ sacarlos. Eso fue muy horrible, pero ese paro de la otra vez también fue horrible, la gente agarraba a piedra a los policías.

—Yo por ahora veo las cosas calmadas, aunque las amenazas no faltan —opina Darío.

—Pero que estaban muy *verracos*, me dijeron. Que al alcalde lo tuvieron que llamar. ¿Fue antenoche? —pregunta Rosalba.

—No, al alcalde lo llamaron fue el sábado, pa’ que hiciera abrir las vías.

—Ah...

—Porque un mandón del Ejército les dijo “lo que ustedes están haciendo es ilegal, para ustedes cerrar las vías necesitan una orden del alcalde”. Entonces el alcalde fue y les dijo que no estaba en contra de ellos, pero que le abrieran las vías. Y por ahí hay amenazas, sí. Hay unos manes muy bocones que van a matar a no sé quién, pero no es más de ahí. Que están *verracos* con los comerciantes que no apoyan el paro. Pero a cualquiera de ustedes les puede pasar que no tengan comida en la casa, tengan los hijos y la mujer con hambre, y lo único que hay abierto es el supermercado. ¿Qué hace uno? Comprar, uno de hambre no se va a morir. Y la comida es muy cara toda por acá.

—¡Uy! Eso sí lo he visto caro yo, la comida por acá —dice Liney alzando las cejas.

—Po’allá pa’ Córdoba no hay trabajo —le dice Rosalba.



—Pero la comida es más barata.

—Ah sí. Allá si uno necesita un cuarto de aceite se lo venden, y aquí no.

—Eso es lo que yo veo difícil.

—Se tiene que adaptar —le dice Darío.

—Uno allá puede comprar 500 de arroz, 200 de aceite, 200 de panela.

—Por acá usted tiene que comprar completo —comenta Darío—, pero se enseña. Lo que pasa es que por allá la gente consigue un día o dos de trabajo.

—Claro, yo he trabajado a ocho mil pesos día.

—Mientras que acá qué van a saber que usted se hizo cinco mil pesos en un día y que con eso tiene que comer dos días. No saben ni les importa. La vida acá es dura. Siempre se consigue platica, porque pa' qué, aquí la persona que se mueva no le va tan mal, pero la vida es dura.

—Y todo es caro, hasta la ropa.

—Es que por acá es caro todo. Los servicios...

—El agua acá llega cada ocho días, donde llega. Hay barrios a los que no les llega agua, pero el recibo sí llega cumplido —comenta Rosalba.

—Imáginese, qué descaro esta empresa, la cobradora del agua, cobra dizque un cargo fijo cuando uno no tiene servicio ahí permanente —dice Darío.

—Y si uno no paga en la fecha, al otro día se lo están mochando.

—La mayoría de gente en Córdoba no paga agua, tiene su propia agua en la casa, en un pozo. El que tiene plata hace su motobomba y de ahí saca el agua con unas garruchas —cuenta Liney.

—¿Y es profunda el agua? ¿Muy lejos? —le pregunta Darío.

—No, el pozo de la casa tiene cuatro metros.

—Po'allá pa' donde yo vivía había un pozo de cinco metros de hondo. La mamá se fue pa' la calle y dejó en la casa un niño, como el hijito tuyo —le cuenta Rosalba a Liney—, y por una vecina no se ahogó el niño.



—¿Se cayó al pozo? —le pregunta Darío a Rosalba.

—El niño se cayó al pozo, y cuando oyeron el guarapazo llamaron un poco e'gente pa' sacarlo.

—Es que hay pozos que los hacen ahí a la orilla de la casa y le ponen una tapa y ya, y lo dejan así. En la casa mía hay un pozo, pero nosotros le hicimos un muro de cemento pa' que los pelados no alcancen, y una tapa segura. El pozo está en mitad de la sala.

\*\*\*

Anoche Rosalba hizo lo de siempre: ver la telenovela hasta que el sueño la venciera. Cabeceó varios minutos y de vez en cuando la despertaban los gritos del drama que veía. Su cuarto es el primero que se encuentra al entrar a la casa. Se acostó a las once, junto a Modesto, su esposo, un costeño que conoció siendo una niña. Ella vivía a las afueras del pueblo, fue la mayor de nueve hermanos de los cuales hay vivos siete. Tenía diez años cuando lo conoció. Él tenía muchos más y una esposa que no quiso salir de Córdoba para irse con él a Segovia. Se miraron, se enamoraron, y el papá de Rosalba les regaló un pedazo de tierra. Antes de que llegaran los cuatro hijos que tendrían, vendieron el terreno y con la plata Modesto construyó una casa que se levanta sobre la tierra dura y anaranjada. Es la última casa del barrio Villa Nueva, linda con el borde de la montaña. La hizo como mejor sabe este maestro de obra: con tablas de madera.

Al lado hay otro cuarto con dos camas. En una duerme Daniel que tiene quince años y quiere ser futbolista; cada que lo dice los demás se ríen. Habla dormido, pero no se le entiende. Hace tiempo que no se levanta sonámbulo. Varias veces Rosalba tuvo que perseguirlo por la calle para entrarlo, y él, con sus ojos brillosos y vacíos, regresaba dejando atrás quién sabe qué impulsos. Tal vez el deseo de encontrar una cancha de fútbol grande, toda para él.

En la otra cama duermen Cindy y Daniela. Cindy prefiere el rincón, acurruca sus piernas gruesas y largas contra la pared de madera. Tiene dieciséis años y una carpeta donde guarda, orgullosa, diplomas y menciones de honor. Es la mejor de su clase. Le gusta el teatro. Me mostraría después una foto donde aparece disfrazada de monja, al lado de un policía del pueblo que le gusta. En la foto Cindy no mira a la cámara: lo mira a él y le sonríe. Ella quiere ser maestra, aunque, me diría luego, no sabe de verdad qué hacer. “Quiero irme de este pueblo, irme para la ciudad. Si me quedo acá no salgo adelante, porque acá no se puede ser lo que uno quiere, le toca a uno irse”.

Daniela, la menor de los cuatro hijos, se mueve de un lado a otro mientras concilia el sueño. Es pequeña —diez años— y tímida. No le gusta hablar con extraños, pero devuelve siempre una risa y luego se esconde detrás de Rosalba.



Afuera del cuarto, en lo que podría ser un corredor, junto a la sala, hay otra cama. Ahí duermen la hija mayor, Liliana, una mujer robusta de veinticuatro años, y su hijo de ocho. Duermen estrechando sus cuerpos, combatiendo las corrientes de aire que se filtran por la entrada principal, por la cocina, por el patio. Liliana fue la que le enseñó a Rosalba, hace cuatro años, a ser chatarrera. Su mamá estaba cansada de trabajar en casas de familia limpiando pisos, lavando ropa y cuidando niños ajenos, de sol a sol y por un sueldo ridículo: ciento cincuenta mil pesos al mes. Liliana le dijo que fuera a la mina, que no tendría jefe que le exigiera, que ella misma se haría su trabajo, y así fue. Aprendió a chatarrear el mismo día y se quedó. Liliana tuvo que irse, la migraña le jodía la tranquilidad y los médicos le dijeron que de aguantar sol se iba a matar. Vende minutos en el parque y cosméticos por catálogo. Con eso tiene que mantener a su hijo y ayudar en la casa, porque el papá del niño no le da ni el saludo.

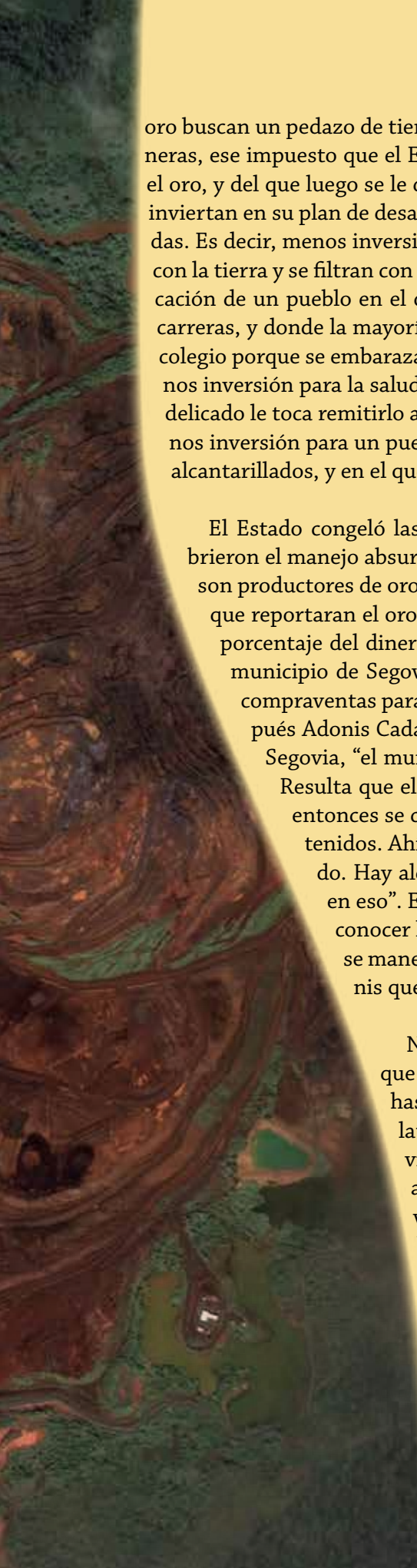
El viento agita los oxidados techos de lata de ésta y las casas vecinas. Se oyen los sonidos insondables de la selva: el chirrido agudo de los grillos, los ladridos lejanos de los perros, el canto de un gallo trasnochado y otros, que se mezclan y se equalizan en la espesura. En el techo empieza a retumbar una lluvia furiosa que ahoga la música de la manigua. Ellos no se despiertan. Hace sofoco, la lluvia parece un hervidero de gotas calientes. Los truenos se oyen cerca, como si la casa fuera vecina del cielo.

Poco antes de las cuatro de la mañana, cuando el cielo aún esté oscuro y devore los últimos minutos de la noche, se despertará Rosalba. Arrastrará sus chanclas por el suelo arenoso hasta llegar a la cocina. Prenderá la radio y, mientras suene la melodía de una carrilera, cocinará arroz con frijoles, carne de res, tajadas. Empacará su almuerzo y el de Modesto. Su esposo se despertará a las cuatro, se organizará sin prisa y se sentará en la sala a esperar al esposo de Liney. Los dos esposos se irán a las cinco y trabajarán todo el día construyendo casas.

A la seis, cuando el sol despunte sus primeros rayos, Rosalba se bañará en lo que hace las veces de patio y baño, cubierto apenas con una cortina improvisada que tapa la vista abierta a la montaña y a otras casas. Se bañará con cocadas de agua fría porque no hay ducha. En Segovia a todos los barrios llega el agua —cuando llega— cada diez días. En cada casa hay un tanque. La gente suele llenarlo y procura que cada gota, que no es potable, rinda para poco más de una semana. Rosalba estará lista a las siete, hora en la que llegará Liney. Las dos esposas descenderán juntas por la montaña, atravesarán La Cianurada y llegarán a la mina.

La culpa del problema del agua, me dirían después, es del Municipio, de las regalías y de la población flotante, como les dicen a visitantes que van y vienen de otros pueblos y departamentos, y que aparte de la bonanza de





oro buscan un pedazo de tierra dónde hacer sus casas. Y las regalías mineras, ese impuesto que el Estado le cobra a las empresas por explotar el oro, y del que luego se le da un porcentaje a los municipios para que inviertan en su plan de desarrollo, desde hace varios años están retenidas. Es decir, menos inversión para las calles quebradas que se funden con la tierra y se filtran con el agua lluvia; menos inversión para la educación de un pueblo en el que apenas hay una universidad con pocas carreras, y donde la mayoría de estudiantes no alcanzan a terminar el colegio porque se embarazan muy pequeñas o se vuelven mineros; menos inversión para la salud de un pueblo que cuando tiene un paciente delicado le toca remitirlo a Medellín, que está a seis horas en carro; menos inversión para un pueblo que no tiene agua potable, al que le faltan alcantarillados, y en el que a veces se va la luz por varios minutos.

El Estado congeló las regalías de Segovia desde 1995, cuando descubrieron el manejo absurdo que tenía ese dinero. Varios municipios, que no son productores de oro, fueron a Segovia a seducir a las compraventas para que reportaran el oro como si fuera de su pueblo, y a cambio les daban un porcentaje del dinero. Al ver que otros se les estaban llevando lo suyo, el municipio de Segovia trató de hacer lo mismo: conversarse a sus propias compraventas para que reportaran como era, y a cambio, me explicaría después Adonis Cadavid, director de Agricultura, Minas y Medio Ambiente de Segovia, “el municipio les devolvería el 35% del valor total de las regalías. Resulta que el Fondo Nacional de Regalías dijo que eso no se podía hacer, entonces se congelaron las regalías. Son casi diez mil millones de pesos retenidos. Ahí está la plata del acueducto municipal, la plata del alcantarillado. Hay alcantarillados colapsandos, y esos son los recursos para invertir en eso”. Esa fuga de regalías, aparte de hacerle daño al pueblo, no permite conocer las cifras reales de la producción de oro de Segovia. Las pocas que se manejan le dan el título de mayor productor en Colombia. Me diría Adonis que deberían estar reportando cinco veces más de lo que se conoce.

No es una exageración lo que me dijo un minero, que con todo el oro que se ha sacado de Segovia se podría haber hecho una vía desde allí hasta Medellín forjada en ese mineral. Y aún así, en sus calles lo que late es la escasez. El oro es una ilusión esquiva, sobre todo para quienes viven encima de él. “Aunque somos un municipio muy rico en recursos auríferos, desafortunadamente eso es como una maldición que conlleva a otros problemas mayores. La fiebre del oro no siempre trae cosas buenas. Con esa bonanza económica llegan personas de todas partes que se quieren quedar, y eso ha conllevado a que el municipio sea desordenado, lo que llamamos las famosas invasiones. Y es triste que los entes gubernamentales sean el tropiezo para entregar las regalías que legalmente son del municipio y que se deben emplear urgentemente en los problemas de saneamiento básico que tenemos. ¿Cómo es posible que tengamos agua una vez cada diez o doce días? Lo que falta para solucionar este problema no supera los 2.500 millones de pesos,



cuando tenemos diez mil millones en regalías retenidas. Sin agua no hay salud, no hay higiene”, me diría Adonis.

\*\*\*

Ha parado de llover. Rosalba y Liney vuelven a lo suyo, a la tierra húmeda, a la pesada almadana y a las piedras pequeñas. Mientras Rosalba ha roto tres piedras de un solo golpe contra cada una, Liney apenas va por la primera. La sostiene entre sus dedos índice y pulgar, y trata de alejar los demás dedos. Insegura, se repite: “no me quiero machucar, no me quiero machucar”, y se machuca. No dice nada, no grita, pero se lleva el índice a la boca. Sus ojos se cristalizan, mira el cielo nublado, adivina en la luz amarillenta que se acerca el mediodía y hablándole al silencio de la montaña dice:

—A esta hora mi niña se debe estar arreglando para ir a la escuela.

A esta hora su hija de once años se debe estar arreglando para ir a la escuela. La dejó en Montelíbano con una cuñada, quería que terminara el estudio, al menos el año escolar. A su hijo mayor, de quince años, también lo había dejado allá, pero le vinieron con quejas de que no le hacía caso a nadie, no iba a la escuela, se iba a andar la calle, entonces lo mandó a traer. Liney vive en la casa de su papá, un costeño de Córdoba que se ha pasado la mayor parte de la vida en el Nordeste antioqueño. La recibió a ella, a su marido, al hijo de tres años y al de quince, pero están buscando un terreno libre donde puedan construir su casa.

—Yo siembro yuca, siembro plátano, siembro arroz, el trabajo a mí no me corre. Como la casa del papá de ella tiene un solar grande, entonces vamos a conseguir unos animalitos en compañía —cuenta Rosalba mientras golpea las piedras y aspira un cigarrillo—. Es que nosotras hemos sido muy unidas. Esta familia la distinguí yo chiquita, en la finca de mi papá.

—Mi papá nos trajo de Córdoba muy pequeñitos —dice Liney—. Tenía una finca por acá en Antioquia que pegaba con la finca de ellos. Cuando ya me casé me fui pa’ Córdoba, y mi papá se quedó con mis hermanos acá en Antioquia.

Rosalba no le corre a ningún trabajo. Por ser la mayor desde pequeña fue entrenada para bregar en el monte y ayudar en casa a criar a sus hermanos. Caminaba horas con su abuela hasta llegar a una quebrada donde barequeaban. El agua era limpia y al oro se le podía encontrar fácil y puro, pero eso acá ya no pasa. Quiso estudiar pero no la dejaron. No sabe leer ni escribir, y apenas hace poco aprendió a hacer la firma para sacar la cédula nueva.



De las chatarreras sólo hay un estudio que hizo en el 2007 la Gobernación de Antioquia, en los tiempos que empezaron a hablar sobre la contaminación con mercurio. Dice que “la tecnificación produce un impacto directo negativo, especialmente en el aspecto socio económico de la población, el cual implica disminución de la utilización de la mano de obra, la que se irá a restablecer a largo plazo. Pero, se ha identificado también un impacto directo de especial cuidado y que repercute sobre las mujeres que se sustentan económicamente de los descargues o desmontes de las minas que no están tecnificadas, llamadas ‘Chatarreras’”. El informe remata señalando que “se ha clasificado como un problema social con repercusión a largo plazo, puesto que en un año se visualiza la población con mayor grado de analfabetismo, desnutrición y desempleo, o migrando a otras partes del país por motivo de la mala situación económica por la que pueden atravesar”.

—A mi amá le decían: “mija, pa’ que me mande a Rosalba a estudiar al pueblo” —cuenta Rosalba—. Una tía dijo que ella me tenía a mi dos años y otra tía sostenía a otra hermana mía, pa’ que estudiáramos las dos. Mi amá no quiso, porque yo era la más grande y tenía que ayudarle a mis hermanitos pequeños. Por eso yo le decía a Liliana que primero era el estudio, que se enamorara, pero que estudiara, pa’ que no quedara como nosotros, pero vea, quedó en embarazo y tuvo que parar el estudio.

—Dicen que el hombre tiene dos enemigos poderosos —llega diciendo Darío, ya cansado de cuidar solo la elevadora.

—¿Cuáles serán? —pregunta Liney.

—¿Usted no ha oído, Rosalbita? —le dice Darío.

—La culebra en el monte... —dice Liney.

—¡Ah! Ve que sí sabe.

—... y la mujer en la casa.

—¿Será verdad o será mentira? Yo digo que de pronto sea verdad —agrega Darío—: la culebra donde no se ponga uno las pilas lo mata, y la mujer también. ¿Cierto Rosalbita?

—Ah... ¿y el hombre no?

—¿Rosalba, esta piedra sirve? —interrumpe Liney.

—Dígale a Rosalbita que le explique bien y aprende —le dice Darío.



—Conmigo aprende.

—Vea Liney, anteriormente la mina la machaban a puro martillo, no había machadora. A mí me tocó, por la vía que va a Zaragoza, machar a martillo. Eso era desde las seis de la mañana hasta la cinco de la tarde, dele martillo. Pa' que coja verraquera Liney, pa' que trabaje durito. Eso era muy duro en esa época, todo el día voliendo martillo —le cuenta Darío.

—Sí Liney, es que ya los ricos están completos —dice Rosalba sin mirar a nadie.

—¿Sí? —pregunta Darío.

—Sino vea usted con esa minita que está allá arrumadita...

—No, esa minita que hay allá no da pa' mucho, como es para tanta gente.

—Pero pa' allá hay más.

—Ah... sí, pero la de adentro no vale nada todavía, no vale hasta que esté aquí afuera.

Las mujeres, durante la historia de la minería, se han desempeñado en varios oficios. Rosalba nunca ha entrado a una mina, son muy pocas las mujeres que llegaron a trabajar dentro del hueco. Las llamaban escogedoras. Llegaban hasta el frente de la mina y allí elegían piedras y tenían la posibilidad de seleccionarlas con buen material de oro. También hubo catangueras que caminaban desde lo más profundo de la mina con un costal a cuestras lleno de material, recorridos de más de una hora con temperaturas que sobrepasaban los 40°, hasta salir afuera y procesarlo. Pero el decreto 1335 del 15 de julio de 1987, que reglamenta la seguridad en labores subterráneas, les prohibió el ingreso a la mina a ellas y a los niños, con el fin de proteger sus vidas, y entonces ya no hubo más mujeres en el hueco.

Entre las dos han llenado de piedras la mitad de un costal. Hasta ahí la chararreada ha terminado, pero el trabajo no. Agarran el costal y lo arrastran hasta las raíces del guayabo. Cuando tengan más costales se decidirán a molerlo, a ver qué suerte tienen, y partirán por mitades. Será, además, la primera vez que Liney vea el oro que sacó de esas piedras. Se despiden de Darío, que se queja porque lo dejan solo, e inician camino abajo por la montaña. Luego se desvían, toman otra loma de la montaña y atraviesan varios brazos de La Cianurada. La hierba está húmeda, y ellas bordean las curvas de un camino angosto y azaroso. Abajo, en la quebrada, se ven decenas de personas que trabajan con sus pies sumergidos en el agua. Varios niños se cruzan por su camino con unos cajones largos de madera al hombro. Como ellos, ellas también van para el río.



Fue hace tres meses que Rosalba se decidió a trabajar allí. La chatarrera ya no es como antes, hay demasiadas mujeres en casi todas las minas, lo que significa menos cantidad de chatarra para cada una. A diario llega gente nueva como Liney, o adolescentes que ya no quieren estudiar y algún familiar, casi siempre una tía, la abuela o la madre, les enseña a chatarrar. A Rosalba ya no le estaba dando para los gastos de la casa, porque lo de Modesto no es suficiente, y lo que gana Liliana vendiendo minutos se le va todo en mantener a su hijo. Le hablaron del río y de sus jaguas, le dijeron que allí le podría ir mejor.

Al lugar al que llegan le dicen El Trinche. La cuenca de la montaña que atraviesa La Cianurada está separada por una reja grande de hierro que cierra el paso. Al otro lado está María Dama, un entable que existe desde el tiempo de los ingleses, y donde se ha procesado la mayor cantidad de oro que se ha sacado de Segovia. El lugar es testigo mudo de la historia. Michael Hill Davey, hijo de ingleses, nacido en Segovia y criado en las instalaciones de La Frontino Gold Mines, cuenta en su libro *Oro y selva*, publicado en 1998, que un día, después de una borrachera en las cantinas del pueblo, a un inglés le dio por irse para María Dama. Tambaleó por las tinas donde se asienta el cianuro, y al otro día lo encontraron tirado en una de ellas. El hombre se salvó porque nunca abrió la boca, seguía vivo y borracho, con la piel pelada.

Cuando muelen en ese entable, toda la arena que sobra la arrojan a la quebrada. De ahí su nombre y su color gris, áspero. En esas arenas se van muchas jaguas que no alcanzan a atrapar el mercurio, el cianuro.

Del otro lado, metidos en el agua, están los que cajonean. Varias personas ponen en la quebrada un cajón largo, de madera, al que le dicen tonga. Liney coge uno de los que permanecen alineados en la falda de la montaña, se lo prestó un señor a Rosalba mientras ella hace el suyo. Lo cuñan con piedras de modo que quede atravesado en el río.

—¿Eso no le queda muy bajito, muchacha? —le dice a Rosalba una mujer rolliza, de piel morena, sentada en unas piedras a mitad de la quebrada—. Póngale otro costal para nivelarla.

La mujer se para y les ayuda. El cajón queda inclinado a la altura necesaria para lavar las jaguas. Rosalba aprendió viendo. Agarra la pala y la clava en el río, saca un cerro de lodo que descarga sobre una zaranda metálica que acaba de poner Liney sobre el cajón. Rosalba agarra una jarra plástica, la sumerge en la quebrada hasta llenarla de agua y la echa sobre el lodo.

—La paleada yo sé, pero pa' lavarla si no, por lo que no entiendo eso de tirar la arena pa'riba. Si uno le echa bastante agua se pasa y si le



echa poquita no rueda, tiene que ser la medida —dice Liney mientras mira a Rosalba.

—Tiene que ser así, Liney —le dice Rosalba mientras deja caer despacio un chorro de agua. Con la otra mano va acariciando el lodo que cae de la zaranda, y en el cajón quedan pegadas las jaguas, piedrecillas pequeñas y doradas que no son el oro, como creen muchos. Las jaguas llevan por dentro piedrecillas aún más pequeñas, casi arena, que sí son oro.

Esas jaguas las echan a un costal, como con la chatarra. Lo molerán cuando acumulen más costales, partirán por mitades, y Liney verá el oro que sacó de ese lodo. Me dicen las dos que hoy hay poca gente, que eso suele estar lleno por todos lados de personas, pero que por el paro muchos no han ido ya que el entable ha estado muy quieto. A dos metros la mujer rolliza conversa con un hombre que lava sus arenas. El hombre, con el torso desnudo, le dice:

—Los rumores que hay hasta el momento es que van a enmallar toda la quebrada pa' no dejarnos trabajar acá, porque esa empresa la cogió otra gente y vino pues con el propósito de acabar con los pequeños mineros, con todos los que trabajamos alrededor. Pa' tapparla toda, pa' que ninguno se entre pa'cá.

—Aquí hay gente que tiene como treinta o cuarenta años trabajando, ese trabajo no lo pueden quitar. Ellos dizque van a pagar el mínimo, oiga. Pa' uno estar dentro de un hueco... No es lo mismo estar acá que dentro de un hueco —le dice la mujer.

—A ese paso nos van a poner a aguantar hambre.

—Hay unos que apoyan a los del paro, y hay otros que no, y ahí es donde está el problema. Yo no sé en qué irá a parar todo esto.

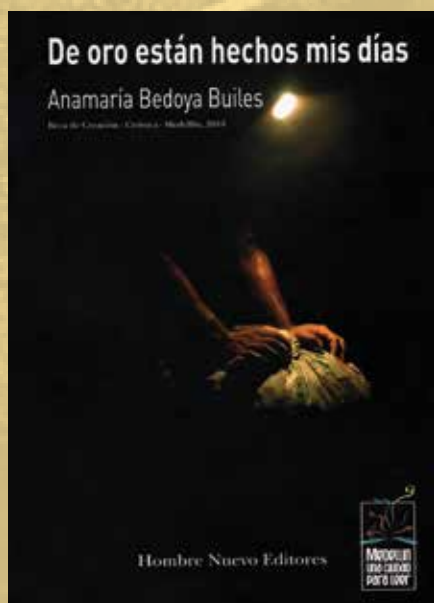
Rosalba y Liney se miran. La corriente de la quebrada es rápida y pesada. Mientras transcurre el tiempo los pies se van hundiendo más en el lodo. A veces hay que sacarlos con fuerza, como si las botas pantaneras se hubieran quedado pegadas para siempre. En el cielo algunas nubes se han despejado, la quebrada está crecida por la lluvia de la mañana. Cuando llueve fuerte, no importa a la hora del día que suceda, es cuando más se llena de gente el río: la corriente del agua arrasa voraz las arenas que vienen de María Dama.

—Una vez que cayó un aguacero me vine como a las siete de la noche. Eso era haga de cuenta un apogeo, se estaba ahogando un señor y todo. Es que eso crece muy horrible y la gente se mete en ese chorro porque bajan más jaguas. Yo no me meto hasta allá, uno que no sabe nadar. Recogí 18 bultos, yo sola. Me vine sola. Y con eso me pude comprar una lavadora de contado.



Tanto oro al que no se le ve brillar fácil. Se le busca con las uñas porque no hay más qué hacer. Quién se va a poner a sembrar yuca, me dirán después, sabiendo que demora hartito y no se le gana tanta plata. En cambio el oro está en la tierra, desde hace mucho y por todas partes. Está en ese pueblo, junto a una quebrada sin vida, a numerosas casas de techo de lata y madera, a muchos bares y ventas de rifas. Y la comida toda es cara, hay que traerla de otros pueblos, porque aquí nadie se va a poner a sembrar yuca y la tierra se ha vuelto ácida.

En la quebrada, cerca al puesto de Liney y Rosalba, dos hombres gritan: “¡Una culebra!”. Varios curiosos se acercan. Ellas no se mueven, tienen miedo, paran de trabajar y desde allí miran. Los dos hombres rodean una culebra amarilla con manchas cafés. El reptil, de no más de medio metro, permanece tieso. Sus ojos rojos brillan. Los dos hombres se ríen y dicen: “hay que matar esta hijueputa”. El primero agarra su pala y la descarga sobre la culebra, su cuerpo largo y delgado apenas se retuerce. Trata de levantar la cabeza pero le dan otro batacazo, y uno de sus ojos queda apachurrado. “¡Hay que darle en la cabeza!”, grita la gente. La culebra mueve su cola hasta morir, el único ojo que le queda, crudo, parece mirar a sus asesinos. La gente, que observaba extasiada a la culebra, se va yendo; vuelven al río y siguen lavando jaguas, buscando el oro en el que se cree que es su último escondite. **U**



Anamaria Bedoya Builes. *De oro están hechos mis días*. Medellín: Alcaldía de Medellín. Secretaría de Cultura Ciudadana: Hombre Nuevo Editores, 2011